

OTANER ED SERATAVA SOL.

Desde que nació lo hizo mal. En lugar de emerger de cabeza, como sucede en todo parto normal, salió con los pies por delante. Es decir, en la misma forma en que se trasladan los cadáveres al cementerio. En otras palabras, estaba empezando a respirar imitando a aquellos que, al dejar de hacerlo, practican su travesía hacia la última morada.

Esta extraña circunstancia lo marcó de por vida. El hombre nunca supo si iba o venía. Es más, si iba no sabía a dónde y si venía no recordaba de dónde. No podía usar relojes porque las agujas empezaban a funcionar en sentido contrario. O sea, si eran las once de la mañana, una hora más tarde, el suyo marcaba las diez.

Había nacido a las seis horas del sexto día del mes de junio de mil novecientos sesenta y seis. Desde que tuvo uso de razón, el número seis lo persiguió a lo largo de toda su vida, pero él lo veía como nueve. Lo que, como es lógico suponer, le ocasionó más de una contrariedad.

Nacido en un hogar católico, fue bautizado adjudicándole el nombre de Renato. Esto no tendría nada de particular. Pero, observemos. Re-Nato. El segundo término quiere decir, entre otros, nacido. El prefijo “Re” posee varios significados; uno de ellos: movimiento hacia atrás. En buen romance, haciendo honor a su apelativo, el hombre había nacido retrocediendo. En la medida que aumentaba su edad, se iba hundiendo en el pasado. Dicho de otra manera, cuando, por ejemplo, cumplió los cinco años su almanaque marcaba el seis de junio de mil novecientos sesenta y uno.

Renato era diestro. Su cerebelo le ordenaba usar su mano derecha, pero accionaba la izquierda. Lo que, explicado en otra forma, significaba que, para demostrar que era destretero, lo hacía empleando la zurda. Nadie le creyó.

Con las fotografías le ocurría algo muy peculiar. Si posaba de frente, salía de espaldas. Si se ponía de perfil mirando a la izquierda, salía de perfil, pero mirando hacia la derecha y viceversa. Conociendo esta singularidad no existía inconveniente mayor para posar. El contratiempo surgía con las instantáneas o con los retratos de grupo. Para la foto de promoción el muchacho salió de nuca. Se ganó una severa reprimenda del director del plantel; trató de explicar su insólito problema y, valgan verdades, algo consiguió cuando la autoridad no supo explicarse cómo aparecían en la foto las solapas del uniforme escolar.

Desde que la humanidad empezó a mirar más allá de sus narices, una de sus obsesiones más acuciantes fue la medición del tiempo. Se trataba de mensurar, mediante un sistema simple, el cálculo preciso de la secuencia de los días, las estaciones, los años, etc. Fue así cómo se inventaron los calendarios. Los hay para todos los gustos: Gregoriano, Griego, Judío, Juliano, Musulmán, Republicano, Romano, Azteca etc. En esencia, de acuerdo a su fuente de cálculo, se pueden dividir en solares y lunares. Los pueblos de la antigüedad emplearon el lunar. En la actualidad el calendario solar es el más usado y, dentro de ellos, el Juliano. (Así llamado por que fue Julio Cesar quien lo instauró, con la complicidad del astrónomo Sosígenes, en el año 45 AC). De hecho el calendario que emplea el mundo cristiano tiene un punto de inflexión en el nacimiento de Jesucristo. Desde ese momento para adelante la cronología se mide en años después de Cristo -o sea, DC-; lo ocurrido antes se indica añadiendo la sigla AC.

Pero ¿A qué viene esto? Nuestro personaje, Renato, debió inventarse un calendario especial para él –algo así como ordenar ropa confeccionada a su medida-. Al relatar el origen de los almanaques no se mencionó –por obvio- que todos, sin

excepción, miden el tiempo hacia adelante, es decir, catapultándose al futuro. Pero, como la vida de Renato se proyectaba hacia el pasado, también debía hacerlo su calendario y, entre los existentes, ninguno satisfacía esa condición. Por esta razón tuvo que ingeniarse uno. Su particularidad es que no tenía AR (antes de Renato), sólo tenía DR (después de). Pero el DR retrocedía. Lo que equivale al AC del almanaque normal, cuyo DC no tenía equivalencia con el inexistente AR. En suma, un enredo. Pero, Renato se las arreglaba.

En su adolescencia empezó a sentir esa natural proclividad hacia el sexo opuesto. Tuvo varias enamoradas; luego, algo mayorcito, aprendió a deleitarse entre sábanas. En su listín de añoranzas persistía el recuerdo de un par de novias y algunas chicas con quienes intimó más. Hacía ya doce años que estaba casado. Su esposa era una buena mujer que sabía cómo sobrellevar la convivencia. El matrimonio era, pues, una relación en la que ambos se complementaban. Su felicidad hubiese sido completa de no mediar un pequeño inconveniente: no tenían hijos. Renato no podía, porque no eyaculaba. Inyaculaba. Bueno, esto último es una forma de explicarlo. Lo que en realidad ocurría es que el fluido seminal, en lugar de ser expelido hacia el recinto de su pareja, era vertido al interior de su vejiga. Esto podría resultar lógico si tomamos en cuenta la naturaleza de Renato. De otro lado, también entendemos -y hasta justificamos- el desencanto de la eyaculación que en lugar de cumplir con su excelso cometido, en un verdadero holocausto espermatozoidal, sucumbe ahogada en medio de hedientos orines.

Una junta médica, conformada por cuatro eminentes urólogos, dictaminó, después de vulnerar su virilidad igual número de veces, que la próstata mostraba forma y volumen normales. Al no encontrar una explicación a tan extraño comportamiento aconsejaron practicarle una prostatectomía con la esperanza –posibilidades inciertas, de por medio- de que la extirpación permitiría el natural discurrir del líquido seminal. Es decir, confundieron a la glándula, emblema de la

masculinidad, con una simple, aunque sensual, policía de tránsito.

Indeciso, Renato decidió redactar un breve relato de sus extrañas vicisitudes. Como escribía de derecha a izquierda y de abajo hacia arriba, su mujer debió, respetando el título, revertir tan inusual escritura.

©Manuel Escalante